

La intervención internacional y el fracaso del ideal bolivariano en las Antillas

ROSARIO SEVILLA SOLER



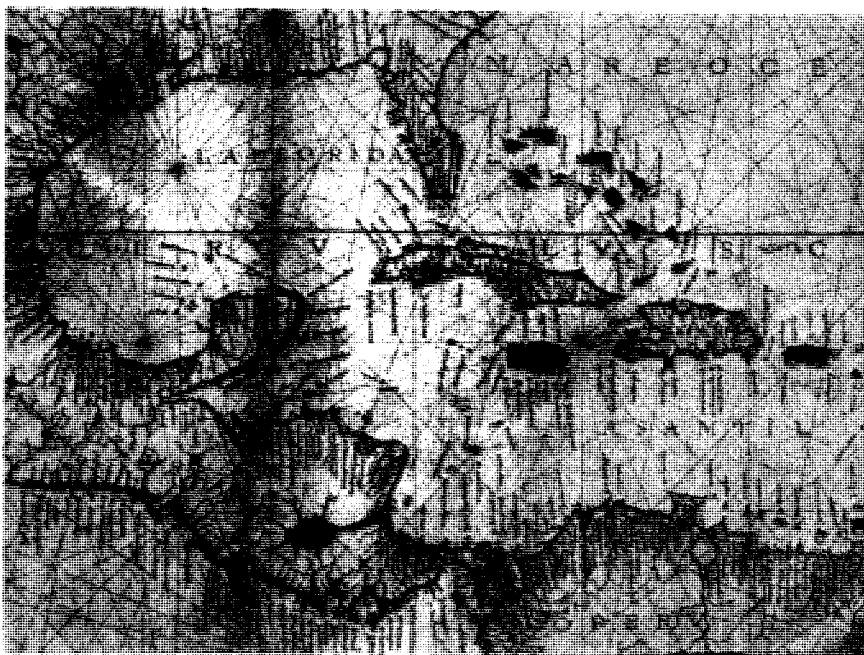
La problemática sobre la idea de la unidad continental en la independencia de la América Latina ha sido ampliamente debatida durante muchos años por los historiadores, especialmente por los estudiosos de

Simón Bolívar y de su frustrado sueño de creación de una gran federación de pueblos americanos.

Pero dentro de esa problemática, con frecuencia olvidamos el caso excepcional que representan en este aspecto dos de las Grandes Antillas: Cuba y Puerto Rico. Es cierto que estos dos territorios no lograron su independencia al mismo tiempo que las colonias continentales y que permanecieron en poder de España hasta finales del siglo XIX. Pero también lo es que, aunque no lo pretendieran, se vieron envueltas en el proyecto de unidad de todas las posesiones españolas en América encarnado por el Libertador.

Esa idea fracasó en el continente americano esencialmente por motivos internos. Las oligarquías de las distintas regiones no estaban dispuestas a ceder su parcela de poder,

Pertenece a la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, integrada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas



Mapa del área antillana y centroamericana, extraído del «Atlas Hydrographico» realizado por Fernam Vaz Dourado en el siglo XVI.

en favor de una hipotética unidad que, en principio, no tenía por qué favorecerlas. Por una parte, los celos contra los antiguos centros de la administración colonial eran muy fuertes. Por otra, en cada zona geográfica se habían formado impor-

tantes élites políticas y económicas, que, pese al lenguaje revolucionario que emplearon en la lucha por la independencia, pretendieron crear unos nuevos Estados Nacionales al servicio de sus intereses. Y éstos no eran los mismos para los grupos que

detentaban el poder en las distintas regiones.

Pero el caso antillano fue diferente. Es cierto que el conflicto de intereses entre el hacendado criollo y las oligarquías continentales se hubiera producido antes o después. Pero ese conflicto no llegó a plantearse porque lo impidió una circunstancia totalmente ajena a unos y otros: la intervención extranjera en la zona. Esta intervención fue decisiva no sólo para el hecho de que las islas permanecieran al margen de los intentos de integración que se estaban produciendo en el Continente, sino para que ni siquiera tuvieran oportunidad de acceder en aquellos momentos —como el resto de sus vecinos—, a la independencia.

En el primer cuarto de siglo XIX tuvo lugar, como todos sabemos, la independencia de las colonias españolas en el continente americano. Pero no ocurrió lo mismo con las Antillas, y concretamente con Cuba y Puerto Rico, que permanecieron en poder de España hasta que ésta fue derrotada por los norteamericanos en la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898.

Sin embargo, esto no significa, necesariamente, que estas islas no se vieran afectadas por los sucesos que se estaban produciendo en el vecino continente. El fenómeno independentista tuvo también sus repercusiones en Cuba y Puerto Rico, repercusiones que se manifiestan, sobre todo, en tres fenómenos concretos.

El primero de ellos, el papel jugado por las Antillas como plataformas militares, en los intentos de la corona española por recuperar su antiguo imperio. El segundo, el nacimiento de los movimientos autonomistas e independentistas en las islas. Y por último, el que más nos interesa en esta ocasión por su proyección sobre el problema que va-



Simón Bolívar, el héroe independentista latinoamericano.

mos a estudiar aquí, los proyectos de los independentistas del Continente por liberar a los isleños y atraerlos a esa idea de unidad, y la intervención extranjera en el asunto.

Esta intervención, al contrario

de lo que sucedió en otras colonias americanas, fue definitiva para la permanencia de Cuba y Puerto Rico en poder de España hasta finales de la centuria. Mientras que la independencia de los territorios continentales fue apoyada —de mane-

ra más o menos encubierta— tanto por Inglaterra como por los Estados Unidos, ambas potencias siguieron una política muy diferente respecto a la emancipación de las Antillas. Los intentos de los independentistas antillanos se vieron obstaculizados una y otra vez por los intereses de aquellos países.

Los planes insurgentes y la intervención norteamericana.

Es evidente que aunque el interés de los independentistas americanos por Cuba y Puerto Rico fuera menor que el que sentían por las colonias continentales, la idea de creación de una gran federación de pueblos latinoamericanos —y en especial la de la Gran Colombia soñada por Bolívar— no se limitaba al continente, sino que hacía referencia también a las Antillas españolas.

En diversas ocasiones Simón Bolívar expresó su preocupación en este sentido, dirigiéndose a los hermanos antillanos y expresando la necesidad de que las nuevas repúblicas de Tierra Firme contribuyeran a su independencia. Una prueba de ello fue la publicación de su **Contestación de un americano meridional a un caballero de Jamaica**, en la que se mostraba favorable a la emancipación isleña. En este texto, y en otros, el Libertador dejaba muy claro que tanto los habitantes de Cuba como los de Puerto Rico eran «americanos», y que, por tanto, debían seguir el mismo camino que sus vecinos del continente.¹

Tras la separación de la metrópoli, y especialmente en los primeros momentos, los independentistas de las provincias continentales tenían demasiados problemas como para poder derrochar esfuerzos en la quijotesca empresa de la liberación antillana. Los más interesados en esta cuestión eran los venezolanos. Y la lucha por mantener su propia independencia primero, y sus intentos



Vista parcial de San Juan de Puerto Rico actualmente; en primer término, dando al mar, podrán apreciarse las vetustas murallas de la época colonial.

por evitar la desintegración de la Gran Colombia después, los mantenía lo suficientemente ocupados como para poder hacer frente seriamente a los asuntos de las Antillas. Pese a ello, fueron varios los planes que forjaron para conquistar las islas por las armas y arrebatarlas a la corona española.

En 1816, por ejemplo, una pequeña expedición integrada por tres navíos llegaba a la playa de Fajardo, en Puerto Rico, procedente de la costa continental. Su misión era la de servir de apoyo a los independentistas isleños, que, alertados de antemano, debían levantarse coincidiendo con su llegada. Pero éstos —aunque su correspondencia con los insurgentes de Tierra Firme pudiera hacer pensar otra cosa— eran todavía poco numerosos, y no pudieron llevar adelante el proyectado

levantamiento. Ante la falta de apoyo en el interior, la expedición tuvo que retirarse acosada por las tropas españolas que, sin enemigos internos, no tuvieron ningún problema para rechazar el ataque.²

Posteriormente, en 1825, varias embarcaciones venezolanas llegaron a Punta Borinquen, en la misma isla de Puerto Rico. Se trataba, como la anterior, de una expedición organizada por los insurgentes del Continente con el fin de llevar adelante la independencia que los isleños no estaban dispuestos a obtener por sí mismos. Sus tripulantes lograron desembarcar, e incluso tomar el fuerte existente en aquel lugar, cuya defensa estaba en manos de sólo un puñado de hombres. Pero, alertadas las tropas españolas, no tardaron en ser desalojados de allí y tuvieron que retirarse hacia sus navíos sin conseguir

su objetivo.³

En definitiva, se trataba sólo de una serie de simples escaramuzas que carecieron de importancia en todo momento. Eran una muestra de que los independentistas del Continente no se olvidaban de sus hermanos antillanos. Pero también lo eran de la incapacidad de los insurgentes para llevar adelante un proyecto serio de emancipación de las colonias isleñas, en parte por sus propias limitaciones, y en parte por la falta de apoyo en el interior. Su único resultado efectivo fue que las tropas españolas se mantuvieran en guardia ante una posible invasión.

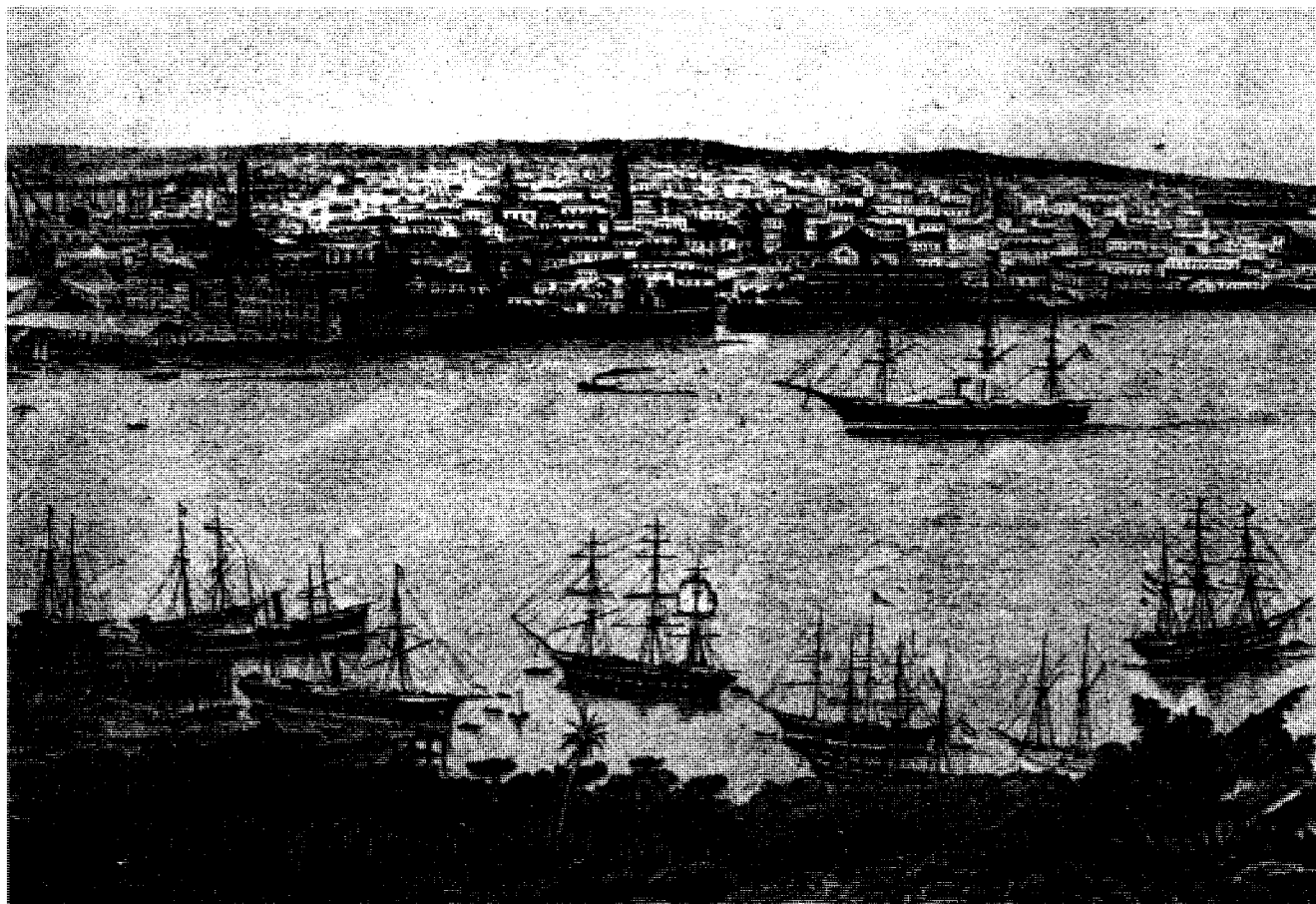
No obstante, y pese a esa incapacidad, entre 1810 y 1825 fueron muchos los rumores que corrieron

por las islas, sobre la supuesta preparación de importantes expediciones en la Gran Colombia con el fin de liberarlas del dominio español. Con el tiempo, la mayor parte de esos rumores resultaron falsos, o, en último término, los intentos de invasión desde el Continente no pudieron llevarse a cabo por falta de material humano y de recursos económicos.

Paralelamente a estos intentos, y en este aspecto los rebeldes continentales tuvieron mucho más éxito frente a las autoridades españolas que en el de la lucha armada, los insurgentes desarrollaron en las islas una intensa labor de propaganda. Pese a la vigilancia ejercida en este punto por aquéllas, lograban intro-

ducir sus proclamas en Cuba y Puerto Rico clandestinamente. No obstante, los resultados prácticos de esta labor fueron dudosos. Si lo que se trataba con ella era atraer a la población isleña a las ideas de independencia y hacia la unidad americana, no se logró. A juzgar por la escasez de movimientos independentistas antillanos en estos años, hay que suponer que la propaganda llegaba sólo a los ya convencidos, o que la mayor parte de los antillanos la recibía con la mayor indiferencia.

Por otra parte, barcos insurgentes aparecían con bastante frecuencia por las costas antillanas, donde se abastecían de ganado, e intentaban entrar en contacto con sus correligionarios de las islas. Pero, co-



Grabado decimonónico sobre la ciudad y puerto cubano de La Habana.

mo ya se ha dicho, estos eran muy escasos en el primer cuarto de siglo XIX, y en la mayor parte de los casos no lograban establecer relaciones directas con ellos.⁴

Pero no por ello descendió el interés que los países continentales, —y en especial la Gran Colombia representada por Simón Bolívar— tenían por las Antillas, interés que tuvo fuertes repercusiones internacionales. Resultado de él, y de sus posibles implicaciones, fue el cambio de orientación que se produjo en estos años en la política seguida por los Estados Unidos respecto a la cuestión de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Este cambio vino determinado por el temor a que las islas pasaran a integrarse en alguna de las nuevas repúblicas, o que más tarde, por la debilidad política y económica de éstas, pasaran a manos británicas.

Las autoridades de los Estados Unidos eran conscientes, desde hacía ya tiempo, de que para que su país se transformara en la gran potencia de la zona, debían evitar la

presencia en la misma de todas las naciones europeas —las únicas capaces de competir con ellos—, en aquel continente. Y esto se refería, sobre todo, a las hasta entonces colonias españolas cercanas a sus propios dominios.

Llevando este convencimiento a sus últimas consecuencias, en más de una ocasión se mostraron dispuestas a apoderarse por la fuerza de algunos de aquellos territorios. Aunque esto significara entrar en una guerra con España, para la que aún no se encontraban preparados, no dudaron en mostrarse firmes en este punto, ante el temor de que, aprovechando la inoperancia militar de aquélla, lo hicieran en su lugar Francia o Inglaterra. Y demostraron que eran capaces de hacerlo, sin que les preocupara la opinión internacional, cuando ocuparon la Florida en 1818.⁵

Los recelos entre las distintas potencias —sobre todo entre los Estados Unidos e Inglaterra— por el dominio de las rutas comerciales, eran muy fuertes en esta época. Y

el conflicto entre los intereses de ambas alcanzó su punto álgido con la cuestión de las Antillas españolas.

Aunque Inglaterra no tenía intereses territoriales en la región, no podía permitir verse sustituida por los Estados Unidos en los mercados de la América Latina, por los que llevaba luchando mucho tiempo. Por su parte, los Estados Unidos habían iniciado ya su expansión territorial y económica, y veían en la Gran Bretaña el obstáculo principal para sus futuros proyectos.

Por eso, en un primer momento, los Estados Unidos apoyaron a los independentistas antillanos y los acogieron en su territorio. El gesto era sólo un primer paso para evitar la presencia europea en la zona, lo que les permitiría imponer más tarde su dominio sobre ella. En los Estados Unidos se preparó, por ejemplo, la expedición organizada en 1822 por Luis Doucondray Holstein para invadir Puerto Rico,⁶ que fracasó. Y allí encontraron asilo numerosos independentistas antillanos, que llegaron, incluso, a editar su propio periódico,⁷ con las lógicas protestas de las autoridades españolas.

Pero si los Estados Unidos no podían permitir la ocupación de las islas por una potencia europea, tampoco estaban dispuestos a tolerar que se integraran en la gran federación de pueblos americanos que Bolívar pretendía crear. Y cuando sospecharon que esto podía llegar a ocurrir, a no ser que ellos lo impidieran por medio de una guerra para la que en aquellos momentos no se encontraban preparados, cambiaron por completo de actitud. Comenzaron a obstaculizar los intentos independentistas antillanos, y se opusieron, por la vía diplomática, a los planes que se forjaban en México y la Gran Colombia con el fin de unir aquellas islas a su mismo destino.



Fortaleza militar de San Felipe del Morro, en Puerto Rico, construida en el siglo XVI.

Y fue precisamente ese cambio de actitud por parte de los Estados Unidos, uno de los factores esenciales para el fracaso de los planes que se elaboraron para Cuba y Puerto Rico en el congreso de Panamá, y que representó el abandono definitivo de la idea de incorporación de las Antillas al proyecto continental.

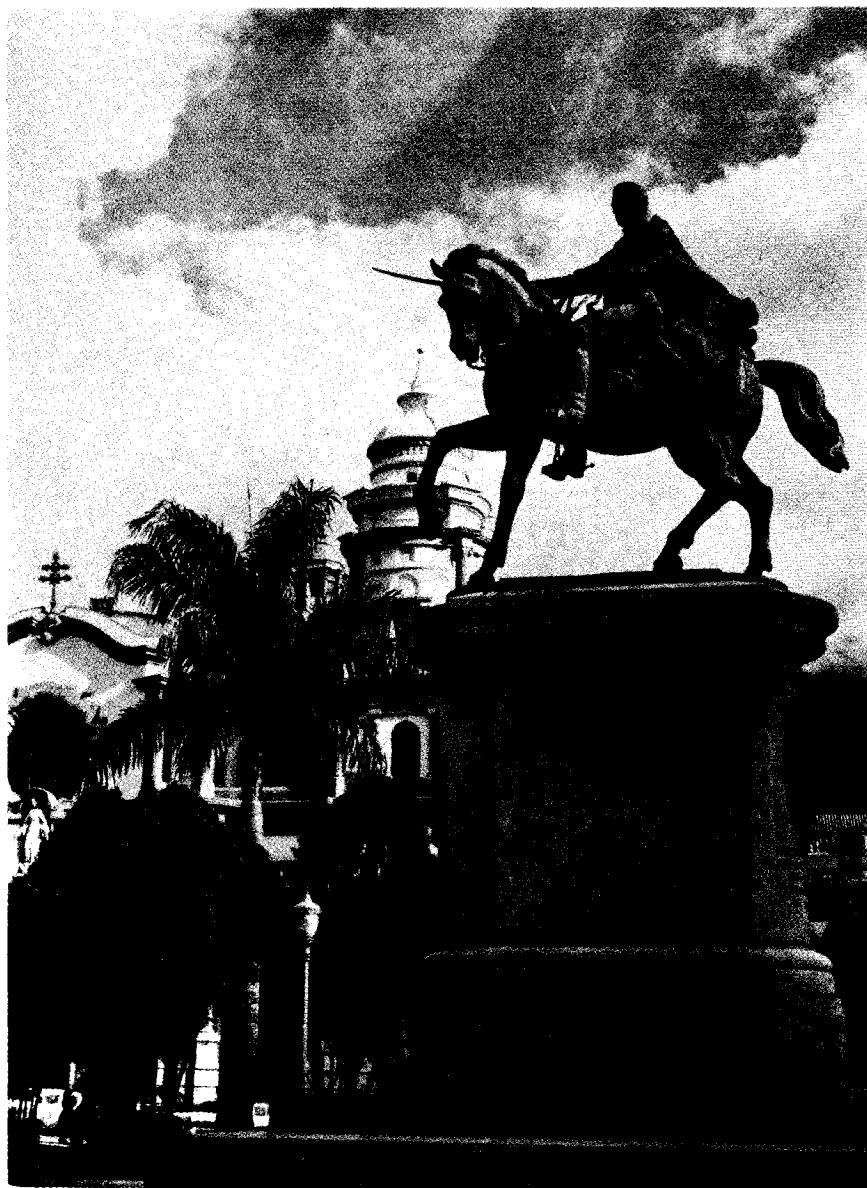
Este cambio no se manifestó abierta y oficialmente hasta marzo de 1826, cuando el presidente Monroe anunció ante el Congreso de su país su intención de evitar, a toda costa, el cambio en el estatus vigente en las Antillas en aquellos momentos.⁸ Pero lo cierto es que, desde mucho antes, su política en el Caribe estaba encaminada a ese fin, que, como todos sabemos, se vio coronado por el éxito a finales de la centuria.

El congreso de Panamá y la integración antillana

Una prueba de esta nueva política pudieron tenerla muy pronto los insurgentes, gracias a la intervención norteamericana en el Congreso de Panamá.

El 22 de junio de 1826 se inauguró en Panamá un congreso de países latinoamericanos, a instancias de Simón Bolívar, al que concurrieron representantes de Centroamérica, la Gran Colombia, México y Perú, y al que fueron invitados, como observadores, los Estados Unidos y varias potencias europeas.

El tema más importante a tratar en esa reunión fue el de la creación de la gran federación de países latinoamericanos que deseaba Bolívar, y los problemas de la defensa común. Y como una parte de estos problemas, se trató por supuesto la cuestión de Cuba y Puerto Rico —



Monumento a Simón Bolívar en Mérida (Venezuela).

que es la que más nos interesa en esta ocasión—, como muestra de que los independentistas continentales no se habían olvidado de sus hermanos de Cuba y Puerto Rico.

Bolívar había prometido a los independentistas antillanos que en este congreso no se dejaría a un lado el problema de la independencia de las islas. Y, efectivamente, el

asunto se debatió allí ampliamente. Los participantes en el Congreso llegaron a la conclusión de que la permanencia de las Antillas Mayores en poder de España resultaba muy peligrosa para la seguridad del resto de los países hispanoamericanos.

Por su privilegiada situación, podían ser utilizadas como bases militares desde las que la corona es-



Escena de la batalla de Carabobo, una de las más destacables de las mantenidas por Bolívar en su lucha hacia la Gran Colombia. Fresco de Martín Tovar en la cúpula del Capitolio de Venezuela.

pañola tendría la posibilidad de intentar la reconquista del Continente, como de hecho sucedió. Fueron varias las expediciones realistas que se organizaron y partieron de Cuba y Puerto Rico con este fin.⁹

Simón Bolívar llegó a elaborar y presentar, incluso, un plan de invasión de aquellas islas, de cuya defensa se encargaron los representantes peruanos en la reunión. Se trataba de organizar una expedición conjunta que emancipara las islas, como antes se había hecho con el Perú. Una vez liberados de la dominación española, el proyecto bolivariano dejaba en manos de los anti-

llanos la decisión sobre su futuro. Ellos debían elegir su propio destino: unirse a cualquiera de las nuevas repúblicas que habían surgido en el Continente, o ser independientes.¹⁰

Pero lo cierto es que pese a las muchas conversaciones que hubo sobre el problema, y a que todos los delegados latinoamericanos se mostraban de acuerdo en la conveniencia, e incluso en la necesidad, de llevar el citado plan a la práctica, no se tomó ninguna resolución efectiva y definitiva sobre el mismo.

Y no se hizo, no sólo por las

dificultades económicas y humanas que existían para culminar con éxito tales planes, sino además, y sobre todo, por la oposición manifestada en este punto por Inglaterra y los Estados Unidos.

El gobierno británico, invitado como observador al Congreso de Panamá por las nuevas repúblicas, envió un representante que actuó como algo más que un simple invitado. Advirtió a los delegados latinoamericanos en la reunión, con tacto, pero enérgicamente, que cualquier intento por cambiar la situación vigente en aquellos momentos en Cuba y Puerto Rico podía tener como

consecuencia una guerra general. Y que en ella, Inglaterra estaba dispuesta a apoyar a España frente a las repúblicas latinoamericanas.¹¹

Los británicos no tenían ambiciones territoriales en aquella zona y, en principio, veían con buenos ojos la posible unión de las Antillas con México o la Gran Colombia. Su interés se centraba en el comercio con Hispanoamérica, y en que se mantuviera el equilibrio de poderes entre las distintas potencias.

La corona española había rechazado siempre las presiones del gobierno británico para que se permitiera a su país comerciar con las posesiones hispanas. Inglaterra comprendió que sólo podría lograr su propósito con la independencia de aquellos territorios, e intentó fomentar los descontentos.

Sin embargo, el levantamiento español contra Napoleón en 1808, convirtió a España e Inglaterra en países aliados. Con ello se produjo un cambio total en la política seguida por esta última potencia respecto a América Latina, cesando sus actividades en favor de los insurgentes americanos.¹²

Al producirse las primeras revueltas independentistas, el interés de Inglaterra en el asunto se centraba en lograr un acuerdo entre España y sus colonias, para poder desarrollar su comercio en el área. Para conseguirlo, se ofreció como mediadora en el conflicto. Tras el fracaso de su mediación, y aunque esto significaba actuar en contra de sus intereses, se sintió obligada, —en virtud de la alianza entre ambas coronas— a defender las posesiones americanas de España. Esto no significó, sin embargo, que olvidara su pretensión de lograr la libertad comercial con aquéllas.

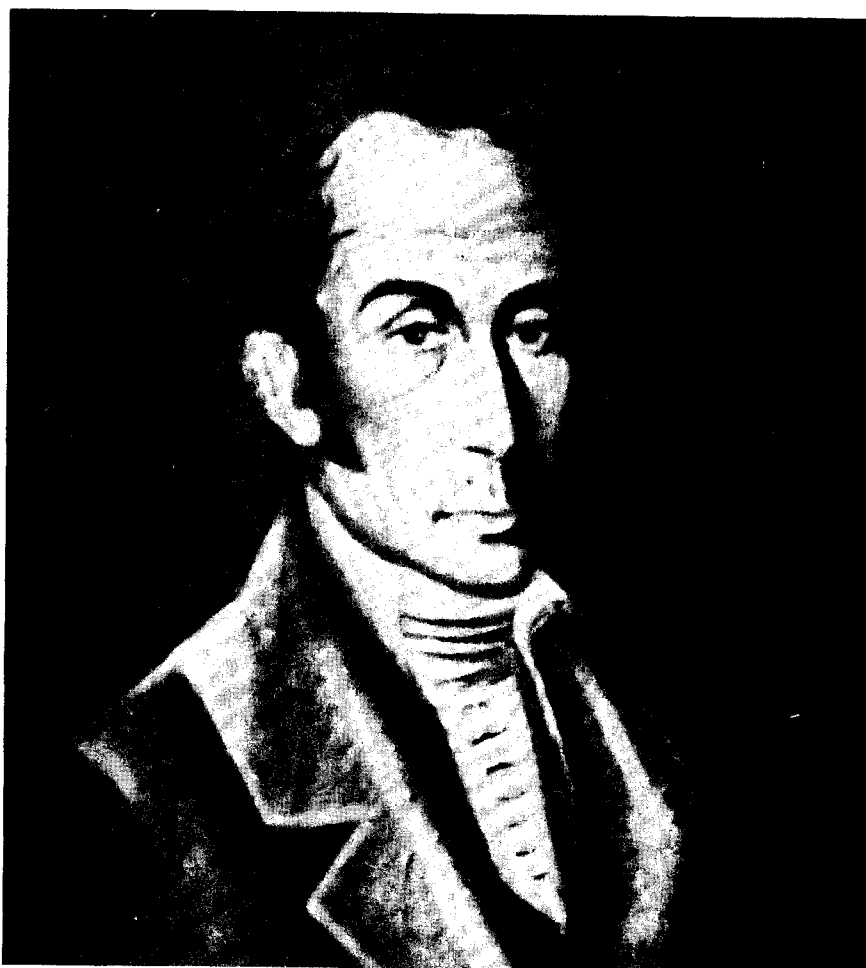
Pero sus intentos en este sentido resultaron inútiles. Por el contra-

rio, las primeras juntas locales que surgieron en América tras la invasión de la Península por parte de Napoleón, se mostraron claramente dispuestas a comerciar directamente con Inglaterra. Debido a ello, cuando las colonias hispanas comenzaron a declarar su independencia de forma unilateral, intentó favorecer la emancipación con el fin de lograr sus simpatías y, en consecuencia, ventajas comerciales. No obstante, esta ayuda la prestaba en aquellos momentos de manera solapada, para no romper su alianza con España.¹³

Pero en la cuestión antillana su actitud fue diferente a la tomada

respecto al resto de las posesiones españolas en América. Recelosa de los supuestos proyectos de anexión de estos territorios por parte de otras potencias, especialmente de los Estados Unidos, Inglaterra se mostró siempre partidaria de la permanencia de Cuba y Puerto Rico en poder de España.

Para mantener el equilibrio de poderes y su supremacía comercial, tenía que evitar a toda costa que las islas cayeran en manos de otra potencia, que en ese caso podía llegar a dominar el paso de su ruta comercial hacia Jamaica.¹⁴ Y la mejor forma de evitar esto era que las cosas se mantuvieran como estaban en



Simón Bolívar.

el Caribe.

Por el contrario, los Estados Unidos no sólo tenían intereses territoriales en aquella parte del mundo, sino que consideraban a aquellas islas, y en especial a la de Cuba, como una continuación de su propio territorio. Y, como ya se ha dicho antes, llegó un momento en que pensaron que la mejor manera de lograr la anexión en el futuro, era que durante cierto tiempo —el que a ellos les conviniera—, se mantuviera el «*statu quo*».

Por una parte, en aquellos momentos no podían apoderarse de ellas, ya que ello podía ocasionar una guerra en la que Inglaterra parecía dispuesta a intervenir en favor de España. Y aún no se encontraban en condiciones de hacer frente a un conflicto de las dimensiones que éste podría alcanzar.

Por otra, tampoco podían dejar que las islas fueran liberadas por las nuevas repúblicas e incorporadas a una de ellas. Eso significaría mayores problemas cuando llegara el momento de la anexión. No podemos olvidar que la gran excusa utilizada por los Estados Unidos para justificar —tanto ante sus propios ciudadanos como ante el exterior— su intervención en la guerra hispano cubana de 1898, fue la «*liberación*» de un pueblo oprimido por una metrópoli lejana.¹⁵

Teniendo esto en cuenta, el gobierno norteamericano no podía permanecer inactivo frente a las actividades de los independentistas del continente. Sus observadores no llegaron a estar presentes, como el británico, en el Congreso de Panamá. Pero, pese a esta ausencia, logró ejercer la suficiente presión, como para que no se tomara en él ninguna decisión que pudiera alterar sus futuros planes para las Antillas españolas.¹⁶



Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, obra plástica en colección particular venezolana.

Tras el fracaso que, por esta causa, representó el Congreso de Panamá para los planes de Bolívar respecto a las Antillas, no es que los proyectos de las nuevas repúblicas para la emancipación de Cuba y Puerto Rico se olvidaran. Pero lo cierto es que la oportunidad había pasado ya, sin que los insurgentes continentales hubieran sabido aprovecharla.

Por un lado, el gran sueño del «*libertador*» Simón Bolívar de conseguir la unidad de la América Hispánica, parecía ya totalmente roto. El gran patrocinador de la integración latinoamericana tuvo que conformarse —y tan sólo de momento— con la unidad de la Gran Colombia. Por otro, y aunque posteriormente se trazaron nuevos planes de invasión para las Antillas en varias ocasiones, ninguno se llevó a la práctica. La situación de inestabilidad política de los nuevos países, hizo imposible la formación de un gran ejército —esencial para realizar esos planes—, cuyos costos, por lo demás, eran muy superiores a los medios con los que se podía contar.

Y así, el camino quedó libre para la acción de los Estados Unidos. Estos sabían que mientras Cuba y Puerto Rico permanecieran en manos de una potencia débil como España, no podía haber amenaza alguna para la futura posesión norteamericana. Preferían que se mantuvieran, pues, como colonias españolas, para caer sobre ellas en el momento oportuno. Ese momento llegaría para ellos, cuando la situación internacional hubiera cambiado, y su propia potencia militar se hubiera reforzado.¹⁷

Conclusiones

En resumen, es evidente que la unión de las Antillas Mayores con cualquiera de las nuevas repúblicas no hubiera sido nunca posible. La idea de Simón Bolívar de crear una gran federación de pueblos americanos, estaba condenada al fracaso de antemano. Y lo estaba, por la disparidad de intereses que había que conjugar en aquellos momentos para lograrla.

Durante la época colonial, y como afirma Carlos Sempat Assadourian, en América se habían formado ya grandes zonas económicas, que funcionaban, prácticamente, unas al margen de otras.¹⁸ Pero es que, además, dentro de estas grandes zonas existía, muchas veces, una rivalidad entre el centro y la periferia difícil de superar. E incluso dentro de lo que más tarde sería un mismo país, había diferencias importantes entre los intereses económicos de los distintos grupos oligárquicos. La mejor prueba de ello la tenemos en las guerras civiles que sucedieron a la independencia en muchas de las nuevas repúblicas que surgieron en el Continente.

Y si dentro de una misma zona geográfica y política era difícil conciliar los intereses de los hacien-



Retrato de Bolívar en 1819, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

dados con los de la burguesía comercial, por ejemplo, era mucho más difícil hacerlo en el caso de territorios con sistemas económicos muy dispares. Resultaba prácticamente imposible integrar la zona antillana —con unas relaciones de producción predominantemente esclavistas—, con cualquiera de las nuevas repúblicas que surgían en el Continente, y que preconizaban la abolición de la esclavitud.

Por otro lado, en el Continente la independencia había triunfado, en general, sólo cuando le apoyaron las élites criollas. Y en las Antillas estas élites no eran todavía independentistas, sino autonomistas.

Por una parte, los capitanes ge-

nerales de la primera mitad del siglo XIX fueron conscientes del derecho de los criollos a participar en las decisiones relativas a su propia tierra. Teniendo siempre presente este principio, procuraron contar, en todo lo posible, con los hacendados y comerciantes isleños para su labor de gobierno.

Por otra, las relativas libertades comerciales decretadas por el gobierno español en los últimos años del siglo anterior, tuvieron como resultado en el Caribe, y sobre todo en la isla de Cuba, un crecimiento económico desconocido hasta entonces. La oligarquía antillana estaba satisfecha con los beneficios que le proporcionaba el comercio con los Es-

tados unidos, que España, en aquellos momentos, le permitía.

Además, los criollos antillanos temían ser independientes por su escasa capacidad de autodefensa. Los sucesos revolucionarios que tuvieron lugar poco antes en Haití, y que finalizaron con la expulsión de la población blanca de la antigua colonia francesa, estaban demasiado frescos en la mente de los hacendados isleños como para arriesgarse a tener que hacer frente, por sí solos, a una sublevación de los esclavos. Y tampoco tenían ningún interés por unirse a las nuevas repúblicas, de características sociales y económicas muy diferentes.¹⁹

Esto, por supuesto, no significa que aunque luego no permanecieran unidas a la Gran Colombia, no hubieran podido lograr la independencia en contra de la opinión de los hacendados. Algo parecido había ocurrido antes en el Perú, y sin embargo la acción de las nuevas repúblicas había logrado hacerlo independiente prácticamente a la fuerza,

Pero es que en la cuestión de la independencia de las Antillas españolas, intervino un factor más que en la del resto de América: la intromisión extranjera en lo que, en un principio, era un problema entre España y sus colonias. El papel jugado por la situación internacional en la permanencia de Cuba y Puerto Rico en poder de España hasta finales del siglo XIX fue determinante. Y, en consecuencia, también lo fue para el fracaso de la gran idea de Bolívar en la zona caribeña que, de este modo, siguió un camino muy diferente al de las colonias continentales.

De todas formas, a pesar de lo complicado de la situación internacional —y como ya se ha dicho antes—, podía haberse conseguido la independencia antillana mediante la



Antiguas murallas coloniales con la denominada puerta de San Juan y aspecto urbano de la ciudad de San Juan de Puerto Rico.

intervención armada de sus vecinos del Continente. Pero nunca su integración en la Gran Colombia. Si tenemos en cuenta que precisamente el Congreso de Panamá, organizado para llevar a la práctica el ideal bolivariano, representó, en última instancia, el fracaso último de éste en el subcontinente americano, es fácil deducir que este fracaso se hubiera extendido pronto a los territorios insulares, con los que había más diferencias que similitudes.

En definitiva, el problema o el debate sobre la integración de la América Latina no es nuevo. Es difícil y complicado, y lo era ya des-

de el momento en que se planteó por primera vez. Resulta prácticamente imposible conciliar la diversidad de intereses que hay que tener en cuenta para ello, así como las diferencias raciales y culturales de los distintos países del área.

Pero, pese a todos los obstáculos, la idea de Bolívar de unirse para ser fuertes está hoy de plena actualidad. Numerosas conversaciones se han producido en los últimos años entre los gobiernos de varios países latinoamericanos, con vistas a crear unidades económicas que puedan actuar conjuntamente frente al exterior. Los resultados no han

sido hasta ahora muy brillantes. Pero se debería hacer el mayor esfuerzo en este sentido, aprendiendo de los errores del pasado, y evitando caer en nacionalismos radicales e intereses minoritarios que, a la larga, perjudicarían a todos como ya ha ocurrido antes.

Hoy día parece claro que si existe alguna solución para el problema del subdesarrollo latinoamericano, ésta pasa, si no por la integración política como hubiera deseado Simón Bolívar, si, al menos, por la integración económica de los países de la región.

NOTAS

- (1) FIGUEROA, Loida. **Breve Historia de Puerto Rico**. T. II. Puerto Rico, 1970. Pág. 56.
- (2) CRUZ MONCLOVA, L. **Historia de Puerto Rico**. T. I. Puerto Rico, 1958. Pg. 115.
- (3) A.G.I. **Estado, 19-88**. Carta del Capitán General de Puerto Rico sobre la situación de la isla, de 28 de febrero de 1817.
- (4) Idem. **Estado, 17-31**. Declaración del capitán de un barco español sobre el asunto, de 12 de agosto de 1817.
- (5) RIPPY, F. **La Rivalidad entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña por la América Latina. (1808-1830)**. Buenos Aires, 1967. p. 23.
- (6) MILLER, P. **Historia de Puerto Rico**. Pp. 250-251. Chicago, 1922.
- (7) A.H.N. **Ultramar, 1605**. Carta del Capitán General de Cuba sobre el tema, de 31 de marzo de 1825.
- (8) A.H.N. **Estado, 6369-1**. Carta de la Corte al Capitán General de Cuba, de 17 de mayo de 1826.
- (9) SEVILLA SOLER, R. **Las Antillas y la Independencia de la América Española**. Sevilla, 1986. Pp. 14 a 28.
- (10) ROIG DE LEUCHSENRING, E. **Cuba y los Estados Unidos. 1805-1898**. P. 29. La Habana, 1929.
- (11) RYPPY, J. F. Op. Cit. Pp. 40-41.
- (12) KAUFFMAN, M. **La Política Británica y la Independencia de la América Latina. 1804-1828**. Pp. 16-49. Caracas, 1963.
- (13) SEVILLA SOLER, R. Op. Cit. Pp. 38-40.
- (14) RIPPY, J.F. Op. Cit. P. 49.



Vista aérea actual del puerto de las Bóvedas de la ciudad de Panamá, donde se celebrase el Congreso Latinoamericano en 1826.

- (15) Vid. al respecto SEVILLA SOLER, R. **La Intervención Norteamericana en Cuba y la Opinión Pública Andaluza**. «Anuario de Estudios Americanos», T. XLIII. Pp. 469-516.
- (16) A.G.I. **Cuba, 2.111**. Ejemplar del «Diario de La Habana» de 6 de enero de 1826.
- (17) SEVILLA SOLER, R. Op. Cit. nota 9. Pp. 50-51.
- (18) ASSADOURIAN, C.S. **El Sistema de la Economía Colonial**. Lima, 1982.
- (19) SEVILLA SOLER, R. Opus. Cit. nota 9, Pp. 6-9.